

Novela Un retrato de la identidad europea desarraigada

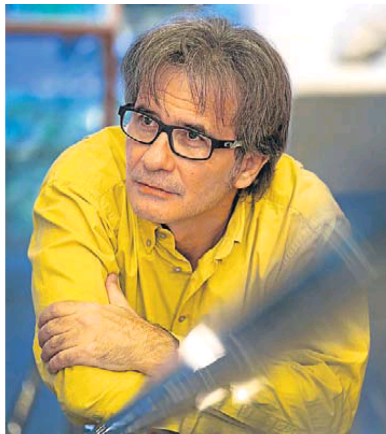
Soldado para nada

Joan Carreras
Cafè Barcelona

EMPÚRIES
287 PÁGINAS
19,50 EUROS

JULIÀ GUILLAMON

Un título apetitoso (con un eco de aquel *Bagdad Café* de Percy Adlon que pasó más de un año en la cartelera de los cines Casablanca, en paz descansen) y una trama cosmopolita, con referencias a la guerra de Bosnia, historias de amor muy ramificadas y una comparativa final entre Holanda y Catalunya que, si el proceso soberanista sigue adelante, podría convertirse en la Holanda del Sur, han provocado que en un momento de vacas flacas, *Cafè Barcelona* de Joan Carreras (Barcelona, 1962) circule, que se hable del libro (acaba de ganar el premio Ciutat de Barcelona) y



Joan Carreras
MARC ARIAS

Arjen Costa, hijo de catalán y holandesa, fue soldado del ejército que no paró el genocidio de Bosnia

que se publiquen varias ediciones. La historia de Arjen Costa, hijo de catalán y holandesa, soldado de la Dutchbat III, un cuerpo de ejército neerlandés destacado en Srebrenica que no actuó para detener el genocidio de los musulmanes, es el núcleo sobre el cual se construye la relación entre los personajes

que en uno u otro momento circulan por el bar. Tiene el contrapunto de la historia de amor en la que los personajes se aparean y desaparean para rehacer su vida, y todo son problemas y secretos que introducen golpes de efecto. El narrador es un catalán aventurero que adquiere protagonismo en la parte final. No ve nada claro que los catalanes sean como los holandeses y expone sus razones a través de la comparación de dos cuentos infantiles: Patufet, que sale por el agujero del culo y Peter que pone un dedo en un agujero para evitar que la caída de un dique inunde el país. El narrador lo explica exaltado y la comparación toma ese aire periodístico que *Cafè Barcelona* tiene en muchos momentos: los mejores.

Es un libro minuciosamente documentado con informaciones encadenadas sobre la sociedad holandesa, sus políticos y artistas populares, que permite reconstruir el paso del país liberal de los años sesenta y setenta a otro en el que la misma gente ve con buenos ojos las propuestas xenófobas de Pim Fortuyn. También está muy documentada la presencia de los soldados holandeses en Bosnia y el proceso judicial que acabó con la dimisión del primer ministro Wim Kok. Carreras lo explica con si de un cuento se tratara, un testimonio narrativo sobre la vergüenza de Occidente y el trauma de unos chavales, soldados de un ejército inútil en una misión vergonzante.

Las novelas en las que el protagonista es un lugar, tienen tramas abiertas, con líneas de tensión menos marcadas que las narraciones estructuradas en torno a un personaje. De ahí la dispersión de algunos capítulos de la tercera y la cuarta parte, y la necesidad de devolver al lector al punto de partida, con breves incisos, que aportan elementos nuevos a lo que ya se conocía. El climax está muy concentrado en el inicio, cuando se habla de la guerra de Bosnia. En comparación, los viajes en Peniche por Europa, las recetas del cocinero catalán aventurero o el regreso a Barcelona son un poco anecdóticas. Carreras las liga con la historia del filósofo judío Uriel da Costa, desgraciado cuando los suyos lo expulsan de la comunidad e infeliz cuando lo aceptan en ella. El cocinero es como este filósofo desarraigado.

Las últimas novelas de Carreras dejan atrás las obsesiones personales y generacionales de *La gran nevada* o *Qui va matar floquet de neu* y abordan la ficción desde una perspectiva profesional, en el buen sentido: buscan el atractivo para el público, paisajes interesantes, la dimensión humana, con un toque psicológico y perspectiva social. En este sentido, Joan Carreras y Eduard Marqués (que ha seguido un camino similar también con una novela sobre la guerra de Bosnia) han abierto una línea nueva que empieza a encontrar sus lectores. |

Novela En su día la obra escandalizó por su insólita sinceridad

Una joven irlandesa

Edna O'Brien
Las chicas de campo

Traducción de
Regina López Muñoz

ERRATA NATURAE
300 PÁGINAS
18,90 EUROS

ROBERT SALADRIGAS

Cuando en 1960 apareció *Las chicas de campo* (*The country girls*) primera novela de Edna O'Brien (Tuamgraney, 1932), la autora, licenciada en Farmacia, llevaba ya un par de años establecida en Londres. La novela que reivindicaba la independencia de la joven Caitheleen en la muy católica y sectaria Irlanda de los años cincuenta, provocó una bronca reacción agravada más tarde por el hecho de que aquella ficción tuvo dos secuelas, *The lonely girl* (1962) y *Girls their married bliss* -cuyas traducciones ahora se anuncian-. El descarnado realismo de la trilogía y una insólita



La novelista, también poeta y autora teatral, en su casa del barrio londinense de Chelsea en el 2012
EAMONN MCCABE / GETTY

En la voz de Caitheleen se oyen ecos de múltiples voces de mujer que transfieren su clamor a su relato

ta sinceridad en la descripción de las experiencias de la protagonista -junto a su amiga Baba-, desde su infancia en un remoto pueblo de la hermosa campiña irlandesa hasta su infeliz vida matrimonial en Londres, hicieron que durante mucho tiempo los libros de Edna O'Brien, nombre inevitable si uno decide in-

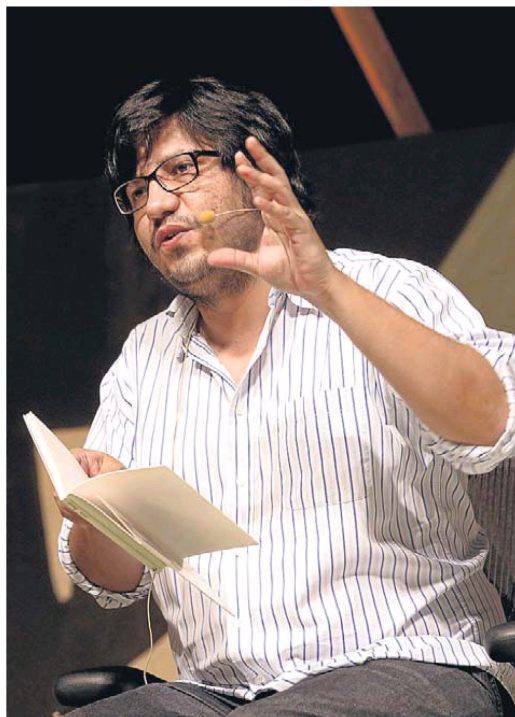
ternarse en la rica narrativa de Irlanda que va de Joyce a Roddy Doyle, estuvieran prohibidos por obscenos y provocadores.

En 1984 Philip Roth sostuvo una conversación con Edna O'Brien en su casa de Londres, que incluyó en su libro *El oficio: un escritor, sus colegas, sus obras* (Seix Barral, 2003). Es interesante leerla para entender el temple de esa mujer todavía hoy controvertida que encabezaba sus memorias (*Mother Ireland*, 1976) con un epígrafe que Samuel Beckett escribió en *Malone muere*: "Dejemos claro, antes de seguir adelante, que no perdono a nadie. Les deseo a todos una atroz existencia entre los fuegos de un infierno helado y las execrables generaciones venideras". O'Brien suscribía tan lacerantes palabras y así entendíamos, a lo largo de la inteligente entrevista de Philip Roth, que la vida de Edna desde la infancia había sido difícil con la prematura muerte de la madre que adoraba y un padre derrochador, alcohólico y violento al que detestaba, su paso por un estricto colegio de monjas y su posterior aventura dublinesa en tanto los instintos de mujer iban despertando en la adolescente al tiempo que su capacidad para transgredir los códigos morales sin sentir resquemor.

De todo ello nos habla O'Brien en esta su primera novela tejida con material autobiográfico de la infancia y la juventud, donde se percibe ya en la voz firme, dulce y contundente de Caitheleen –es decir: el timbre de O'Brien– ecos de múltiples voces de mujer que transfieren su clamor y legitimidad a lo que ella relata. Eso es lo que se siente al leer hoy la novela, más de cincuenta años después. Cabe imaginar que las cosas en Irlanda habrán cambiado desde entonces, entre ellas la consideración social de las mujeres –admitiendo, en palabras textuales de Roth, que "el mundo de Nora Barnacle (la camarera que se casó con Joyce) tuvo que aguardar la llegada de la narrativa de Edna O'Brien", lo cual da una idea de la trascendencia que tuvo la irrupción de esa narrativa despreciada en la Irlanda de los sesenta del siglo pasado–, pero el relato desprende ¿cómo lo diría? un extraño halo o sensación de intemporalidad. No sé si es esta la palabra exacta. Quizá debería decir de tersura intemporal. También me sorprende la contención con que O'Brien maneja el tema de la sexualidad femenina en una novela que, no se olvide, fue infamada por la ley de censura (CPA), y la sutil dosificación de la ambigüedad y la elipsis en las relaciones de Caitheleen con el apuesto y cínico señor Gentleman.

De manera que un texto valioso por lo que aún es y por lo que significó en su día, bello como los verdes del condado natal de O'Brien y agreste como los recuerdos de su pasado. |

Alejandro Zambra
GETTY IMAGES



Narrativa Zambra es uno de los valores en alza de la literatura latinoamericana. Sus cuentos, extraños y angustiosos, funden ficción y realidad

Adictos a la soledad

Alejandro Zambra
Mis documentos

ANAGRAMA
208 PÁGINAS
16,90 EUROS

J.A. MASOLIVER RÓDENAS

Poeta, profesor de literatura, crítico literario, crecido durante la dictadura de Pinochet y aquejado de grandes migrañas. Todos estos datos autobiográficos se proyectan en cada uno de los libros de Alejandro Zambra (Santiago de Chile, 1975) sin que podamos hablar de novelas autobiográficas, ya que al final la autobiografía está al servicio de la ficción. Zambra es un originalísimo autor de novelas breves. Su primer libro, *Bonsái* (2006) puede ser tanto novela como cuento, o no ser ninguno de los dos. Novela breve lo es *La vida privada de los árboles* (2007) y supera ya los límites de lo breve *Formas de volver a casa* (2011), donde aparece una frase que define toda su escritura: "aunque queramos contar historias ajenas, terminamos contando siempre la misma historia".

Historias ajenas en el doble sentido: por un lado, en que cada una

es distinta e independiente de las otras, y por el otro, en que no le son ajenas al narrador, por más que se presente como irónico testigo ajeno a las desventuras de sus personajes. Y es siempre la misma historia porque se alimenta de una misma concepción de la escritura

En 'Yo fumaba bien' una migraña obliga a dejar de fumar a un escritor que teme no poder escribir más

y porque cada una de ellas tiene un final definitivo y brillante, pero que se integra en un mundo único e inconfundible. Se explica que el famoso bonsái reaparezca una y otra vez, como expresión de "la belleza de los árboles enfermos", que es también la de los personajes. Con unos rasgos dominantes: la ca-

sa que nunca llega a ser nuestra; el recuerdo como una forma de recuperar el pasado pero también una herida y una expresión de ambigüedad al confundirse con el olvido y con la imaginación; la novela concebida como una construcción, un proceso titubeante que nos lleva del presente al pasado y que establece una serie de vínculos. Historias dentro de una historia que acaban por encontrarse o por perderse definitivamente en el vacío, en la soledad y en el fracaso, en un caminar sin rumbo por el que se pierden tantos personajes.

Todos estos rasgos reaparecen en *Mis documentos*, con una diferencia radical: estamos ante una serie de cuentos que van construyendo un mundo extraño y angustioso marcado por la presencia de Pinochet, catástrofes como el terremoto de 1985, los encuentros y desencuentros amorosos y sexuales, las lesiones del pasado y la necesidad de regresar a él, contaminado ya por la imaginación. Abundan los escritores y los profesores de literatura, nacidos para conquistar y ser derrotados, en unos relatos donde la felicidad, de existir, es sólo un espejismo. Un peso determinante tiene la educación, en mano de profesores crueles, mediocres y pinochetistas. Y, por supuesto, la cadena de experiencias, que explica una precisión cronológica que va desde 1975 y principios de la década de los ochenta hasta nuestros días, para coincidir con la biografía del propio Zambra.

Muchos relatos parecen tener escasa relación, con tramas muy distintas, pero están marcados todos ellos por unas fuerzas que se les escapan a los propios personajes. Es el narrador quien trata de controlar lo vivido y lo inventado, lo recordado y lo olvidado. Tal vez los cuentos más radicalmente distintos sean *Yo fumaba bien* y *Hacer memoria*. En el primero observamos las caídas y recaídas de un escritor con una migraña salvaje que le obliga a dejar de fumar y al que le asusta la posibilidad de no poder escribir. Un relato muy esquemático y lleno de humor, hecho de breves anotaciones y el más rico en referencias literarias, del inevitable autor de *Migraña*, Oliver Sacks, al no menos inevitable autor de *La conciencia de Zeno*, Italo Svevo, con un homenaje a autores cercanos a Zambra como Nicanor Parra, Julio Ramón Ribeyro o Enrique Lihn. En dirección opuesta está *Hacer memoria*, donde un escritor narra algo realmente ocurrido hace años, que trata de recuperar sorteando las trampas de la imaginación, y obligado al mismo tiempo a cumplir con el encargo de que escriba "una sangrienta historia latinoamericana". Y la invención resulta aquí tan poderosa y real como la misma realidad, en un magnífico y complejo relato en el que se refleja y resume el espíritu de todo el libro. |

ESCRITURAS

Miércoles, 12 febrero 2014

Culturals La Vanguardia

9